



# ATRAPADOS



Montserrat Llor

Guerra civil y represión. Hablan las víctimas de Franco



CRÍTICA

Montserrat Llor Serra

---

# ATRAPADOS

*Guerra civil y represión.  
Hablan las víctimas de Franco*

CRÍTICA  
BARCELONA

Primera edición: abril de 2016

*Atrapados. Guerra civil y represión. Hablan las víctimas de Franco*  
Montserrat Llor

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Montserrat Llor, 2016

© de las imágenes interiores, Colecciones particulares de los entrevistados,  
Pablo Villarrubia y Montserrat Llor

© Editorial Planeta S. A., 2016  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-9892-940-9  
Depósito legal: B. 5791 - 2016  
2016. Impreso y encuadernado en España por Liberdúplex

# Índice

<i>Dedicatoria y agradecimientos</i> .....	7
<i>Prólogo</i> .....	11
1. Atrapados entre dos guerras. Sus heridas por Tierra, Mar y Aire .....	15
2. Recuerdos de familia: «¿Mamá, nos van a matar?» .....	27
3. Ochenta años: Los abuelos silenciados y los 14 fusilados de Carabanchel. ....	31
4. Campos de concentración españoles. Panorama carcelario, 1936-1959 .....	35
5. Mujeres en las cárceles franquistas. «No estamos locas» ..	53

## TESTIMONIOS POR TIERRA

### Luchadores en la guerra, vencidos en las cárceles

6. Ángeles Flórez Peón, «Maricuela». Una miliciana en el penal de Saturrarán. De la matanza de Carbayín a cincuenta y siete años de exilio francés .....	67
7. Ángeles García-Madrid. «Trece ninfas, trece manantiales»... Poemas a Las Trece Rosas, en la cárcel de Ventas .....	97
8. María Salvo Iborra. Del campo de Moisdon-la-Rivière a las cárceles franquistas, acusada de conspirar contra la Seguridad Interior del Estado .....	123
9. Antonio Cánovas Lapuente. Un soldado de la 27. <sup>a</sup> División en los campos del norte de África. El Transahariano de Bou Arfa. ....	161

10. Marià Gadea Montava. «Tuve en mis manos todas las fortificaciones franquistas del Pirineo» . . . . . 185
11. Enric Pubill Arnó. El hombre de Comunicaciones y Paquetes. La clandestinidad en el penal de Burgos. . . . . 203
12. Lluís Martí Bielsa. Guardia de asalto en la guerra civil, guerrillero en Francia, huida del tren rumbo al campo nazi de Dachau. . . . . 221
13. Fernando Macarro Castillo, Marcos Ana. El adalid de los represaliados. *Juventud, Muro, La Aldaba*, la intelectualidad en las noches más oscuras del presidio. . . . 247

### POR AIRE

#### Los últimos aviadores vivos de la Segunda República

14. Miguel de Miguel Montañés. El avezado interpretador-fotógrafo que desde el aire descubrió posiciones enemigas . . 283
15. Vicente Montejano Moreno. Amor y muerte en Kok-Usek, un piloto republicano en los gulags de Stalin. . . . . 305
16. Gregorio Gutiérrez, «Guti». El aguerrido piloto de bombarderos *Katiuska* que se enfrentó a la muerte . . . . . 321
17. Antonio Vilella Vallés. Un mecánico de aviones de combate en primera línea del frente . . . . . 337

### POR MAR

#### Niños de la guerra en barco rumbo a la Unión Soviética

18. Teresa Alonso Gutiérrez. Una española en el Sitio de Leningrado. «Los muertos transitaban bajo el hielo de Leningrado; los vivos comían carne humana» . . . . . 349
19. Manuel Arce Porres. De niño mutilado en la URSS a neurorradiólogo. El hombre de hierro detrás del Telón de Acero . . . . . 375
20. Alejandra Soler Gibert. La profesora que salvó a sus alumnos de las bombas en la Batalla de Stalingrado . . . . . 397

Epílogo. Las heridas de la memoria y la desmemoria.  
Trauma, ciencia y psicología. . . . . 417

*Bibliografía* . . . . . 443

# 1

## Atrapados entre dos guerras. Sus heridas por Tierra, Mar y Aire

**L**A HISTORIA DE UNA ÉPOCA se fija casi siempre en sus aspectos más trágicos y dolorosos. Uno de ellos cumple ochenta años en julio de 2016 y permanece aún vigente: la guerra civil en España.

Pertenece a unas generaciones que han experimentado en su propia carne lo que para otras no es más que historia. Somos generaciones sacrificadas y sufridoras. Toda tu poesía es de testimonio: testimonia la tristeza, la crueldad, el dolor permanente adherido a los huecos del ser humano en su dramática andadura. Es lo que hizo aquel tiempo tremendo que nos tocó vivir: signó los corazones de amargura y nos moriremos con su estigma indeleble. Pero nada se pierde y todo sirve para empujar la vida hacia el futuro.

No es ningún extracto de un libro, no es un fragmento de un artículo; son las palabras que el poeta Leopoldo Urrutia de Luis, más conocido como Leopoldo de Luis (Córdoba, 1918-Madrid, 2005) le dedicó a una poetisa, la nonagenaria Ángeles García-Madrid, presa en cuatro cárceles franquistas. Nunca han trascendido estas palabras ni muchas otras que su amigo y compañero de literatura, ideales y presidio le dedicó a finales de los años setenta e inicio de los ochenta. Para entonces, Ángeles, con su rebeldía innata, editaba sus memorias y poemas de cárcel mientras batallaba para legalizar en Madrid la Asociación de Expresos y Represaliados Políticos Antifascistas, nacida clandestinamente durante el franquismo.

Son textos y cartas que ella me mostró personalmente, con interés,

cariño y nostalgia. «Esto no puede perderse», me decía al rescatar tan minúscula parte de un extenso pasado. Son documentos que no forman parte de la historia oficial y que solamente se recuperan con el testimonio vivo, con la recopilación de la Historia Oral. Éste es el objetivo de *Atrapados*.

El emisor de aquellas letras, el poeta cordobés Leopoldo de Luis, sabía de qué hablaba, había vivido la semilla de la democracia y la libertad en su propia casa. Era hijo de padre intelectual, poeta y republicano, Alejandro Urrutia, además de amigo del poeta Miguel Hernández y otros autores combatientes. Participó en la guerra civil, se alistó voluntario en el Ejército Republicano y al finalizar la guerra fue cautivo durante cuatro años en las cárceles y campos franquistas.

Por eso es importante recordar, para aprender del pasado. En el año 2016 se cumplen dos históricas efemérides: el 85.º aniversario de la proclamación de la Segunda República (14 de abril de 1931) y los ochenta años del golpe de Estado militar (17-18 de julio de 1936) que quiso derrocar al gobierno legítimo de la Segunda República y cuyo fracaso supuso el inicio de la guerra civil en España.

Contextualizando brevemente este libro en un marco histórico, cabe recordar que en febrero de 1936 una coalición de izquierdas, el Frente Popular, conseguía situarse al frente del gobierno legitimado por las urnas. Eran las terceras elecciones generales de la Segunda República española y las últimas porque toparían con una derecha contrariada que provocaría un golpe de Estado militar. El intento de derrocar por la fuerza aquel gobierno democrático generaría una reacción por parte del pueblo que, desde el primer instante, tomó las armas para defenderse, primero improvisadamente con milicias y, poco después, se reorganizaría el Ejército Republicano, el Ejército Popular de la República.

La guerra civil marcó el destino de la población española, muchas familias quedaron destrozadas, empobrecidas, mujeres viudas, muertos durante el conflicto armado, pueblos arrasados, campos de cultivo quemados por las bombas... La guerra también marcó la vida de miles de extranjeros antifascistas que acudieron a la lucha armada en España para defender la democracia. Muchos brigadistas internacionales murieron; otros fueron heridos o presos en campos de concentración españoles, como el de Miranda de Ebro o el de San Pedro de Cardeña.

Después, la represión generada en la posguerra, especialmente durante el primer franquismo, aún fue más cruenta. Si queremos olvidar,

rememoremos primero aquel pasado porque se acerca el día en que ya no quedará nadie para contarlo. *Atrapados* da voz a algunos de los últimos testimonios, aún vivos, que sufrieron en carne propia las consecuencias de la derrota violenta de la Segunda República. Eran jóvenes, algunos de dieciséis años, cuando cogieron el fusil para alistarse voluntarios a la lucha.

Hoy, nonagenarios y centenarios con una maravillosa capacidad de recordar, quieren contar, retroceder en el pasado y volcarse en mostrar sus archivos, documentos y fotografías. La mayoría de ellos son testigos de ambos momentos históricos —proclamación de la Segunda República y guerra civil—, pues la entrevistada de mayor edad, una profesora de niños de la guerra en la Unión Soviética, nació en 1913 —¡tiene ciento tres años!— y el más joven en 1930. Son relatos de guerra, pero también y fundamentalmente son historias humanas, de excepcional capacidad de supervivencia durante la guerra, de resistencia en la posguerra y de subsistencia durante muchos años. De una u otra forma, todos ellos vivieron atrapados por la lucha de las democracias europeas contra el fascismo, primero en la guerra civil española (1936-1939) y, algunos, después en la segunda guerra mundial (1939-1945).

Dos guerras, diez años de lucha, cuarenta de franquismo. El objetivo de este libro es testimoniar la guerra civil y sus consecuencias por Tierra, Mar y Aire. Se trata de atestiguar la represión cometida contra los republicanos, pero también contra una gran parte de la población civil anónima, de gente humilde y trabajadora que sin ninguna afiliación política ni sindical en muchos casos se vio envuelta en el manto del miedo, de las represalias y las delaciones. Un ejemplo de ello son mis abuelos. Precisamente fue su recuerdo, lo que me contaron desde niña, el motor principal para iniciar este ensayo que recoge la memoria oral de los vencidos de la guerra.

Otro motivo para llevar a cabo este proyecto reside en que *Atrapados* completa y complementa el anterior libro, *Vivos en el averno nazi*, donde recogía la experiencia traumatizada y silenciada durante muchos años de los exiliados españoles supervivientes que acabaron deportados a los campos de concentración nazis entre 1939 y 1945. Ellos también vivieron la guerra civil antes de su deportación a los campos nazis. Por eso decidí dar voz a estas personas que, antes de pensar en exilio alguno, combatieron en la guerra civil por la defensa de la Segunda República y la democracia entre 1936 y 1939, perdieron contra las fuerzas golpistas y tuvieron que sufrir en su propio país y fuera de él las conse-



cuencias de la derrota. En este sentido, *Atrapados* es una precuela de *Vivos*, porque la historia de lucha contra el fascismo que narran sus protagonistas precede en el tiempo y anticipa lo que sucedería inmediatamente después en Europa.

Mujeres hacinadas en las cárceles, niños muertos, hombres torturados en los campos de concentración españoles, padres que ahogaron sus llantos al ver partir para siempre a sus hijos a lejanos continentes, frío, hambre, bombardeos, cadáveres en las calles... Ahora no hablamos de los campos nazis, sino de nuestro país ochenta años atrás. A medida que converso con los testimonios de *Atrapados* me doy cuenta de lo extremadamente complejos que fueron el inicio y el desarrollo de la guerra civil. Mucho peor fue la represión. ¿Arrastramos todavía las consecuencias de la guerra civil? No me cabe la menor duda de que sí. No se ha cerrado capítulo y las víctimas necesitan justicia, reconocimiento y reparación, algo más que palabras.

Los protagonistas de este libro rememoran el inicio del conflicto, los bombardeos, los frentes de guerra, la cárcel, los interrogatorios, el día a día de su ciudad en plena contienda, la huida. Todos, sea cual sea su experiencia, se consideran *hijos de la guerra* porque mientras unos la padecieron directamente con toda su crueldad, luchando y sobreviviendo, otros la sufrieron en la distancia, desde su exilio forzoso como niños de la guerra hacia las lejanas y desconocidas tierras en México y la Unión Soviética donde, más tarde, se verían inmersos en un conflicto bélico de mayor envergadura provocado por el Reich alemán.

Algunos confiesan por primera vez opiniones, sentimientos callados, miedos y traumas del pasado que sólo con el paso de los años lograron desvanecerse. Es el caso de Lluís Martí Bielsa, quien durante muchos años no pudo dormir con la ventana abierta porque el ruido de los pasos le retrotraía a su pasado en las cárceles franquistas, cuando los carceleros caminaban por la galería, acercándose a la celda en busca de algún preso, o, retrocediendo aún más en el pasado, cuando escuchaba el caminar de las botas de los nazis, durante la Francia ocupada de la segunda guerra mundial, en busca de antifascistas y judíos a los que exterminar. Otra entrevistada, María Salvo, interrogada y golpeada duramente por la Brigada Político-Social del franquismo en el año 1941, en los sótanos de la Dirección General de Seguridad, no soporta las películas de violencia y no cierra las puertas en el interior de su casa. «Es algo inconsciente, a veces salta el resorte del recuerdo, del presidio, sabes que pertenece al pasado, pero surge espontánea-

mente, un segundo, no puedes evitarlo», dice cuando nos adentramos en el terreno delicado de las secuelas de la represión y dieciséis años tras las rejas.

*Atrapados* recoge el testimonio de quince entrevistados a los que, quien suscribe estas líneas, entrevistó en su domicilio para rescatar una parte de la Memoria Viva, del pasado en nuestro país. Es la Historia Oral propiamente dicha. Conversan sobre sus vivencias, pero también reflexionan sobre determinados acontecimientos actuales, como los movimientos migratorios, seres humanos buscando refugio, huyendo de sus propios países en guerra... ¿Les suena? Sí, ellos también huyeron de la guerra hace ochenta años. Tienen experiencia, opinión y quieren contarla.

Los testimonios están estructurados en tres partes diferenciadas: por Tierra, Mar y Aire.

**POR TIERRA.** Hablan los jóvenes que lucharon directamente en el conflicto: guerrilleros, soldados, milicianas, personas que combatieron por tierra arriesgando sus vidas. Tras la derrota, fueron presos durante años, incluso décadas, en las cárceles españolas y en campos de concentración franquistas.

Es el caso de Lluís Martí Bielsa que, de guardia de asalto durante la guerra pasó a luchar en la Resistencia, sería preso en campos de concentración franceses, se evadiría de un tren rumbo a Dachau y, al finalizar la segunda guerra mundial, sería detenido al regresar clandestinamente a Cataluña con una imprenta móvil para imprimir folletos y carteles comunistas. Preso en varias cárceles, conocería al intelectual y poeta Marcos Ana, el hombre que más tiempo permaneció encarcelado por Franco: veintitrés años de su vida. Ambos coincidieron en el penal de Burgos, como me dijo Bielsa con un tono en el que detecto cierta nostalgia: «Fuimos compañeros de cárcel y de las noches más oscuras».

Con su mensaje fui a visitar al estimado poeta Marcos Ana, quien me contó su tránsito por los campos de concentración españoles y las cárceles, la importancia de las «Comunas» de solidaridad establecidas entre los presos políticos, y la labor cultural de la prisión entendida como una gran universidad. Desde el interior de la cárcel brotarían sus primeros poemas y textos que quedarían reflejados en dos publicaciones clandestinas en las que colaboró intensamente: *Juventud*, nacida

en la cárcel de Porlier y *Muro* en el penal de Burgos. Mientras, Enric Pubill, también compañero del mismo presidio, y desde hace años presidente de la Associació Catalana d'Expresos Polítics en Barcelona, recordaba cómo, durante la noche, a la luz de una vela o en la semioscuridad, escribía a mano un boletín interno y clandestino que circularía entre los presos, oculto dentro de los pies de las literas.

Es también la historia del soldado Antonio Cánovas. Luchó en varios frentes de batalla durante la guerra civil: Mallorca, Aragón, Madrid, Teruel, Ebro; tras la derrota partió hacia la frontera pisando los campos franceses. La apoteosis de su relato llegaría con su estancia en la base naval de Brest, momento de la capitulación de Francia ante la Alemania nazi y trepidante huida a bordo de un destructor francés, rumbo a Marruecos, donde terminaría preso en un campo cerca de la frontera con Argelia, en Bou Arfa, zona desértica, donde fue obligado a trabajar en la construcción del Transahariano.

Igual de apasionante y completamente diferente es el relato de Marià (Mariano) Gadea, soldado de una compañía de esquiadores y escaladores, que narra cómo tras su paso por la cárcel se vería obligado a realizar el servicio militar. Por fortuna pudo desempeñar su profesión, cartógrafo. «Tuve en mis manos todas las fortificaciones franquistas del Pirineo fotocopiadas en casa», me contaba con ánimo de hacerme comprender la vital importancia de aquella información que guardó en su propia casa durante años.

Pero también quería conocer la situación de lucha, resistencia y presidio que sufrieron las mujeres vencidas de la guerra. La Segunda República les había concedido derechos políticos y sociales que la monarquía les había negado antes y, al perder la guerra civil, con el franquismo volverían a quedar en el ostracismo. De hecho, las mujeres entrevistadas se vieron atrapadas por la guerra y relegadas por la victoria militar del franquismo a ser sujetos pasivos de la Historia. Son las grandes invisibles, calladas, silenciadas por la fuerza, maltratadas en las cárceles franquistas, sufriendo en comunidad el hacinamiento, el hambre, la insalubridad, la separación de los hijos, incluso la muerte de los pequeños que padecían sus mismos males. Ángeles García-Madrid se horroriza aún ante el recuerdo de unos ataúdes amontonados con niños muertos por disentería y otras enfermedades en la cárcel de Ventas, Madrid. «Esta imagen la tengo clavada como una espina, no se me va de la mente, ha quedado ahí, siempre», decía durante nuestras entrevistas y conversaciones. Por desgracia, al escribir estas

líneas me llega la noticia de que Ángeles ya no está con nosotros. Quedará su testimonio en nuestra historia y su recuerdo en nuestros corazones.

Otras mujeres tan reivindicativas como María Salvo lamentan que el protagonismo que la mujer pudo conseguir con la República, como el derecho al voto, una mayor culturización y una mejora laboral, quedara relegado por el franquismo al hogar, a los hijos y a la iglesia. «Era un triste y gravísimo retroceso, yo estaba en contra de eso», me decía constantemente. María, la última con vida de las integrantes de la asociación Les Dones del 36 (Las Mujeres del 36), se mantuvo activa en la clandestinidad durante la guerra civil y sufrió después la tiranía de la posguerra. Durante nada más y nada menos que dieciséis años estuvo presa, transitando por las diversas cárceles de mujeres de los años cuarenta y cincuenta acusada de haber conspirado contra la Seguridad Interior del Estado. En nuestra primera conversación descubrí que años atrás, antes de nacer yo, había sido vecina de mis padres en Barcelona. ¡Vivían en el mismo edificio! Es algo que nos emocionó y nos acercó. María y su esposo Domènec eran el matrimonio de la cuarta planta del que todos hablaban en voz baja, contaban con espanto que habían sido apaleados por Franco, tal vez por comunistas... Ahora tenía la oportunidad de que me lo explicara ella misma. Gracias a María Salvo he podido descender al infierno de las cárceles de mujeres para comprender todo su sufrimiento adicional.

Otra valiente, antes citada, es Ángeles García-Madrid, compañera de cárcel de Las Trece Rosas en Las Ventas, verano de 1939. Con una de ellas habló en más de una ocasión, habían trabajado como cobradoras de tranvía cuando los hombres comenzaron a partir hacia el frente de batalla. El recuerdo de aquellas jóvenes es indivisible de su propia esencia. Por eso les dedicó unos poemas que recitó durante los días que charlamos. De igual modo me mostró algunos textos y cartas del pasado, auténticos retazos culturales de nuestra historia, como las mantenidas con autores como Rafael Alberti y Leopoldo de Luis o entidades antifascistas como el Komitee der Antifaschistischen Widerstandskämpfer (Comité de Resistencia Antifascista de la República Democrática Alemana) dirigiéndose a la «camarada Ángeles». Igualmente camarada fue otra luchadora, Ángeles Flórez Peón, alias «Maricuela», cocinera y enfermera durante la guerra, activa en la retaguardia, pero también en el frente, llevando comida a los soldados en las trincheras, sorteando las balas. Tiene mucho que contar de su paso

por el temido penal de Saturrarán, una de las cárceles más inhumanas de la época gobernada por las inclementes monjas mercedarias. De igual modo ofrece un panorama de lo que fue la revolución en Asturias de 1934 y los mártires de Carbayín, suceso sangriento y cruel en el que fue asesinado trágicamente su hermano. Algunas de estas mujeres reflexionarán durante nuestras entrevistas acerca de la actual situación de los refugiados que huyen de sus países en guerra, como es el caso de Siria. Se identifican plenamente con el sufrimiento de estas personas y, especialmente, con las mujeres que, con sus niños en brazos, buscan asilo y protección en países europeos. Ochenta años atrás, Maricuela huyó con su hija a Francia tras su excarcelación, y María Salvo fue conducida a campos de concentración y «centros de acogida» en territorio francés, siempre a bordo de trenes de mercancías. Ambas se sienten sensibilizadas con esta grave situación actual. ¿Por qué no reciben ayuda? ¿Por qué no actúan los políticos? ¿Hacinarlos en nuevos campos de refugiados?, preguntan indignadas.

**POR MAR.** Hablan los niños de la guerra, aquellos menores que, para salvarles de la violencia de la guerra civil en España, sus familiares les embarcaron hacia otros países, como el México de Lázaro Cárdenas y, especialmente, la Unión Soviética de Iósif Stalin. Más de tres mil niños y jóvenes llegarían en barco a la URSS tras un largo viaje a bordo de dos barcos: *El Habana* —rumbo a Francia— y el *Sontay*. Otros, ya adultos, como la profesora Alejandra Soler y su esposo, el periodista Arnaldo Azzati, llegarían igualmente a territorio soviético tras su paso por algunos campos franceses. El relato de esta mujer de ciento tres años es impresionante.

Nada sabían de la existencia de los gulags de Stalin y nada les invitaba a suponer que vivirían poco después otro conflicto aún más cruel con el desencadenamiento por parte de Hitler de la Operación Barbarroja. Permanecerían atrapados en territorio soviético durante la segunda guerra mundial, en el momento de su peor mortandad. Mientras Alejandra corría protegiendo a sus alumnos del hostigamiento de las bombas en la Batalla de Stalingrado, otra heroína, Teresa Alonso, cuenta imágenes dantescas del Sitio de Leningrado (1941-1944). Lo vivió en primera persona. Estuvo en el frente, levantando barricadas, cavando trincheras, y en la retaguardia, como voluntaria en las brigadas del Komsomol. Mientras los morteros caían reventando Leningra-

do por doquier, el enemigo nazi bloqueó la ciudad metódicamente, dejando morir de inanición, frío y miseria a su población. Teresa narra situaciones que presenció de canibalismo, muerte y violencia, pero también de humanidad, ayuda y compasión, labor encomiable que ella misma ejerció. Miedo, guerra y amor, porque allí quedaría para siempre Ignacio, el joven aviador con el que iba a casarse, el mismo que luchó defendiendo la URSS hasta ser derribado en batalla y enterrado en Estonia.

Algunos de estos niños y jóvenes de guerra regresaron, años más tarde, en la década de los cincuenta, a una España franquista que les interrogó y les acosó sin tregua. Una tarde, Teresa me habló de un niño de la guerra con una historia escalofriante. De inmediato me puse en contacto con él.

Así conocí a Manuel Arce, un neurorradiólogo que se licenció en la Unión Soviética, un hombre con un espíritu de superación desde que, de niño, un fatal accidente de tranvía en la antigua Rusia le cercenó ambas piernas. Tras su regreso a la España de mediados de los años sesenta y el desempeño de su profesión, recordará siempre una anécdota como médico: se desplazó hasta el Pardo para tomar una radiografía a un Franco enfermo, casi moribundo...

**POR AIRE.** Los protagonistas son los últimos aviadores de la República que aún viven. Algunos, como Gregorio Gutiérrez «Guti», surcaban los cielos de España con gestas heroicas para bombardear y destruir objetivos enemigos. Me impresionó su narración del momento de mayor tensión de toda su trayectoria como aviador durante la guerra, a punto de explotar, de ser atacado por el enemigo. Nueve aviones en formación, una escuadrilla, con cazas de protección, Guti y los suyos fueron sorprendidos por aviones italianos y por la artillería antiaérea batiendo desde tierra. Un impacto brutal recibió su aparato, quedando la cabina repleta de gasolina y metralla. De no ser por su pericia, le cuesta la vida. Su trayectoria de guerra es emocionante; escucharle, también. Al finalizar la guerra en España, transitó por las cárceles franquistas y tras su liberación fue obligado a realizar el servicio militar en la Legión. Aun siendo republicano, años después este apasionado del mundo de la electrónica trabajaría como técnico en Radio Intercontinental, la emisora de Serrano Suñer, el «cuñadísimo» de Franco. «Ojo, todo esto hay que contarlo muy bien», me dice en más de una ocasión.

Otros apenas volaron, pero llevaron a cabo tareas cruciales para la aviación desde su posición en tierra. Es el caso del interpretador-fotógrafo Miguel de Miguel quien, gracias a su habilidad, ubicó cámaras fotográficas en los aviones que permitieron rastrear el territorio desvelando posiciones enemigas. Con él aprendí qué era el «uno a cincuenta mil» en el mundo de la cartografía y la importancia de los paneles para indicar a la aviación dónde bombardear en el campo de batalla. Era una tarea sumamente peligrosa que llevó a cabo Miguel en primera línea del frente. Poco después acudí a conocer a uno de los mecánicos más reconocidos de la aviación republicana, Antonio Vilella, para recuperar su pasado, las acciones de alto riesgo que llevó a cabo para el rescate de aviones averiados en plena contienda.

No hay que olvidar a los jóvenes aviadores que quedaron atrapados en territorio soviético. Es el caso de Vicente Montejano, quien tras realizar sus estudios de formación en Kirovabad, Azerbaiyán, no imaginaba que terminaría preso durante dieciséis años en los gulags de Stalin. En el peor de los momentos, en uno de los campos aparecería su amada Hansi, una joven judía deportada como él a Karagandá, cuyo recuerdo nos remite a unas cartas del año 47, las primeras que darían noticia en España de lo acontecido con los jóvenes pilotos presos en la Rusia de Stalin.

Del millar de aviadores republicanos que, aproximadamente, hubo durante la guerra, hoy quedan pocos con vida. Son los cuatro testimonios aquí narrados, cuyo contacto fue gracias a la gestión de Antoni Valldeperes, secretario de la Asociación de Aviadores de la República (ADAR), una entidad cuya labor incombustible permite mantener viva la memoria histórica de los aviadores de la República.

Por todo ello, los testimonios orales de *Atrapados*, por Tierra, Mar y Aire, constituyen un pequeño homenaje a estos valientes en una efeméride tan señalada como son los ochenta años del inicio de la guerra civil. A partir de su relato individual nos permite recuperar nuestra memoria colectiva y, también, repasar determinados momentos de nuestra Historia.

Tras entrevistarles, me doy cuenta de que las heridas siguen abiertas. No hay que olvidar que la sociedad de la posguerra fue silenciada por una educación católica y un gobierno represivo durante cuarenta años que relegó el pasado al olvido mientras los perdedores «purgaban» sus «pecados». Por ello decidí terminar este libro con las reflexiones de algunos especialistas que, a partir de su experiencia y de su trato direc-

to con afectados, emiten su opinión sobre la transmisión del trauma en la unidad familiar y la capacidad del ser humano para superar las situaciones límite más insospechadas.

¿Las heridas de la memoria son eternas? ¿Pervive el trauma *ad eternum*? ¿Está archivada y enterrada la guerra civil? Después de conversar con los protagonistas de este libro, sus familias y amigos, obviamente, debo decir que la respuesta a esta última cuestión es No.